

ALGUNAS PISTAS SOBRE LOS ENTERRAMIENTOS REALES DE LOS SAÍTAS Y ÚLTIMOS REYES INDÍGENAS, DURANTE LAS DINASTÍAS XXVI-XXX

JOSÉ LULL

RESUMEN:

Si observamos una lista que englobe los enterramientos reales egipcios a lo largo de toda la historia de Egipto, apreciaremos inmediatamente como los últimos y más recientes, los pertenecientes al I milenio a.C., son los menos conocidos. Lo mismo ocurre con los restos de ajuar funerario de los reyes de estas últimas dinastías. En el presente artículo intentaré mostrar las pequeñas pistas que han llegado hasta nosotros sobre los lugares, modo de enterramiento y ajuar funerario de estos últimos faraones..

SUMMARY:

If we observe a list of all known Egyptian royal tombs, we can immediately verify that the tombs belonging to the pharaohs of the first millennium B.C. are the less known. The same situation happens with the remains of the funerary equipment of the pharaohs of these dynasties. In this paper I will try to show some small clues which might come in useful to know the places, way of burial and funerary belongings of the last pharaohs.

Durante el Tercer Período Intermedio se observa en Egipto un cambio sustancial en el modo de enterramiento real. Las tumbas dejan de excavarse apartadas del mundo de los vivos e, igualmente, los templos funerarios dejan de construirse alejados de las tumbas. En esta época se observa como las tumbas se preparan en lugares como los *témenos* de los templos, y los otrora grandes templos funerarios se sustiuyen por capillas o templetas más o menos desarrollados situados junto a la misma tumba.

ba¹. De las dinastías XXI y XXII conservamos tumbas en Tanis, y de la dinastía XXV, la nubia, en el-Kurru y Nuri (Sudán). Estas representan dos tradiciones totalmente distintas, una más innovadora y otra arcaizante. Sin embargo, ¿qué sabemos de los enterramientos reales egipcios a partir de la dinastía XXVI?

LOS DINASTAS SAÍTAS DE LAS DINASTÍAS XXVI Y SUS ANTECESORES DE LA XXIV

La segunda dinastía de Sais estuvo formada por seis reyes² que se sucedieron desde 664 a.C. hasta la invasión persa del 525 a.C. La dinastía XXVI, con la que se inicia la llamada época tardía³, es en origen libia, de igual modo que las otras dinastías del Tercer Período Intermedio (excepto la XXV). Sin embargo, como señaló Jansen-Winkel⁴ esta dinastía rompe con el recuerdo de esos orígenes no haciendo uso de títulos libios y reordenando el panorama político egipcio de tal modo que únicamente el rey saíta será reconocido como tal, mientras que los demás grandes del país quedarán desprovistos de titulaturas reales y serán reconvertidos en gobernadores locales al servicio de la nueva monarquía unificada.

De Herodoto de Halicarnaso, célebre viajero griego del siglo V a.C.⁵, quiero reseñar el siguiente pasaje referente a Sais, la capital del 5º nomo del Bajo Egipto. En él se hace mención de las tumbas de los reyes saítas:

«(Apries) fue enterrado en el mausoleo de sus antepasados. Esas tumbas se encuentran en el santuario de Athena, muy cerca del templo, según se entra, a mano izquierda. En Sais, todos los reyes que pertenecen a la dinastía de Sais, fueron enterrados dentro del santuario. También la tumba de Amasis se encuentra en el interior del patio de ese santuario, si bien más alejada del templo que la de Apries y sus antepasados. Es un gran pabellón pétreo con columnas palmiformes y dotado de otros adornos. Ese pabellón se cierra por dos portales, y en él está colocado el sarcófago»⁶.

En el III Libro, Herodoto aporta esta otra información, en referencia a Amasis :

¹ J. LULL, *Las tumbas reales egipcias del Tercer Período Intermedio (dinastías XXI-XXV)*, BAR IS 1045 (Oxford, 2002).

² Estos son Psamético I (664-610), Nekau II (610-595), Psamético II (595-589), Apries (589-570), Amasis (570-526) y Psamético III (526-525). La cronología presentada es la establecida por Parker. Ver, R.A. Parker, «The Length of Reign of Amasis and the Beginning of the Twenty-Sixth Dynasty», *MDAIK* 15 (1957).

³ Para la historia del período consúltese, p.e., F.K. KIENITZ, *Die politische Geschichte Ägyptens vom 7. bis zum 4. Jahrhundert vor der Zeitwende* (Berlín, 1953).

⁴ K. JANSEN-WINKEL, «Die Fremdherrschaften in Ägypten im 1. Jahrtausend v. Chr.», *Or* 69:1 (2000), 16-17.

⁵ A. B. LLOYD, «Herodotus, Book II. Introduction» (Leiden, 1975), 61-68, donde se señala que el viaje de Herodoto a Egipto debió producirse entre los años 449 y 430 a.C., precediendo al viaje que hiciese hacia Siria y Mesopotamia.

⁶ Herodoto II, 169, según la traducción de A. Horneffer, «Herodots Historien» (Stuttgart, 1955). En III, 10 Herodoto vuelve a mencionar la existencia de la tumba de Amasis en el santuario. Otras referencias en II, 175-176 sobre las construcciones de Amasis en Sais.

«Su cadáver fue embalsamado y fue enterrado en el santuario, en la tumba que él mismo construyó»⁷.

Por su parte, Estrabón, en el tercer cuarto del siglo I a.C. escribiría, en su *Geografía*, lo siguiente:

«Avanzando tras el muro de los milesios por la boca sebenítica uno se encuentra con dos lagos, uno de ellos el lago bútico, cuyo nombre deriva de la ciudad de Buto; la ciudad de Sebennytos, y Sais, metrópoli del país inferior donde Athena es honrada; la tumba de Psamético se encuentra en el templo de esta diosa»⁸.

Así pues, cuando Herodoto visitó Egipto en el siglo V a.C. llegó a ver las tumbas de los reyes⁹ de la dinastía XXVI en el recinto del templo de Neith (Athena). No obstante, unos cuatrocientos años después Estrabón sólo hace referencia a la tumba de Psamético, si bien también es explícito al situarla, como lo hiciese Herodoto, en el templo de la divinidad principal de Sais. Gracias a estos autores antiguos sabemos la situación aproximada que tuvieron las tumbas de los reyes de la dinastía saíta pero también disponemos de una escueta, aunque importante, descripción de su superestructura.

Desgraciadamente, una vez más, el paso del tiempo tampoco ha sido indiferente a las tumbas reales de Sais y de ellas ya no se sabe nada. Cuando Champollion visitó la antigua Sais en 1828 pudo describir la estructura general de los muros perimetrales del templo de Neith y de su gran recinto exterior (fig. 1), dándole a este último unas dimensiones de 1440 x 2160 pies y una altura y espesor estimados en 80 y 54 pies, respectivamente. Por otra parte, basándose en las descripciones de Herodoto, creyó identificar la posición de las tumbas reales saítas bajo dos montículos de tierra y escombros¹⁰, situados en el interior de ese gran recinto y flanqueando un espacio rectangular que Champollion identificó también como necrópolis egipcia, si bien por su forma y posición todo parece indicar que en ese lugar fue donde se ubicó el templo de Neith.

Posteriormente, en 1901, Georges Daressy se lamentaba de no poder observar de la antigua Sais ninguna estructura a partir de la cual pudiese representar una forma reconocible sobre un plano. Por tanto, desde la visita de Champollion, la ciudad de Sais se había difuminado sobre el terreno, principalmente a causa de las labores de los campesinos y de la utilización de las ruinas de Sais como excelente cantera para la construcción de ciudades como Roseta¹¹, situada en el mismo brazo fluvial junto al que se encuentra la antigua capital de las dinastías XXIV y XXVI.

⁷ Herodoto III, 10; En III, 16 se indica como durante la ocupación del gran rey persa Cambises, la momia de Amasis fue extraída de su tumba y sufrió todo tipo de vejaciones hasta ser quemada.

⁸ Estrabón Libro XVII, 1: 18, según la traducción de P. Charvet, en P. Charvet et alii, «Strabon. Le voyage en Égypte. Un regard romain» (París, 1997), 111.

⁹ Referencias generales sobre los enterramientos de los reyes saítas pueden consultarse en, H. de Meulenaere, *Herodotos over de 26ste Dynastie (II, 147-III, 15)* (Lovaina, 1951), 48, 64, 71-72, 84 y 121-123.

¹⁰ J.F. CHAMPOLLION, «*Lettres écrites d'Égypte et de Nubie en 1828 et 1829*» (París, 1833), 52 y pl. II (bis) y II.

¹¹ L. HABACHI, «*Sais and its Monuments*», *ASAE* 42 (1943), 403-404. El autor señala la inmensa cantidad de bloques procedentes de Sais y encontrados en ciudades ribereñas al brazo de Roseta.

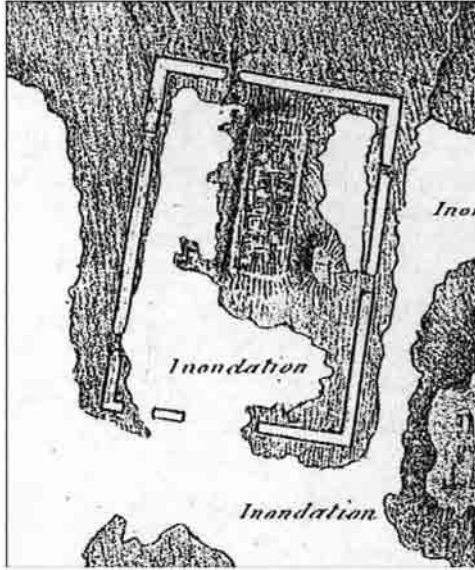


Fig. 1. el templo de Sais, según Champollion (tomado de de J.-F. Champollion, *Lettres écrites d'Égypte et de Nubie, en 1828 et 1829* (París, 1833), 52).

Volviendo a la lectura del segundo libro de *Historias*, la descripción que Herodoto realiza de la tumba de Amasis es suficientemente buena como para poder reconstruir este monumento funerario. Cuando el autor griego se refiere al edificio que componía la tumba de Amasis hace uso del término griego *pastas*¹², que significa «pórtico columnado». Este pórtico debía constituir la principal característica de esta construcción. Hemos de imaginar que tras una fachada formada probablemente por un pylon se abría un patio flanqueado en cada uno de sus lados por columnas. Herodoto define estas columnas como palmiformes, siendo éstas un tipo de columnas que se repiten tanto en templos funerarios como en los templos de la divinidad. Aún como elemento decorativo, las columnas palmiformes tienen también una función simbólica determinada en el contexto funerario¹³. En las paredes del pórtico habría, como se desprende de la descripción de Herodoto, decoración en relieve. Aquí debían haber representadas diversos tipos de escenas funerarias. Tras el pórtico, dos puertas llevaban a lo más sagrado, donde según Herodoto se hallaba el sarcófago. Esta última parte, no obstante, puede ser corregida. El edificio descrito por Herodoto recuerda a las capillas de las divinas adoratrices de Amón en Medinet Habu (fig. 2), en las que bajo el suelo de la *cella* se dispuso una cámara subterránea en la que debía encontrarse el sarcófago de la difunta. Quizás, esto mismo es lo que

¹² Sobre este término ver, A. B. Lloyd, «*The Egyptian Labyrinth*», *JEA* 56 (1970), 83 n. 3.

¹³ I. GAMER-WALLERT, «Palme, Palmblätter, Palmrispe, Palmfäber», en *Lexikon der Ägyptologie* IV (Wiesbaden, 1982), cols. 658-659.

debemos suponer que había en la tumba de Amasis en Sais, es decir, no el sarcófago del rey dispuesto en la *cella* como indica Herodoto, sino el sarcófago del rey en una cámara subterránea bajo la misma.

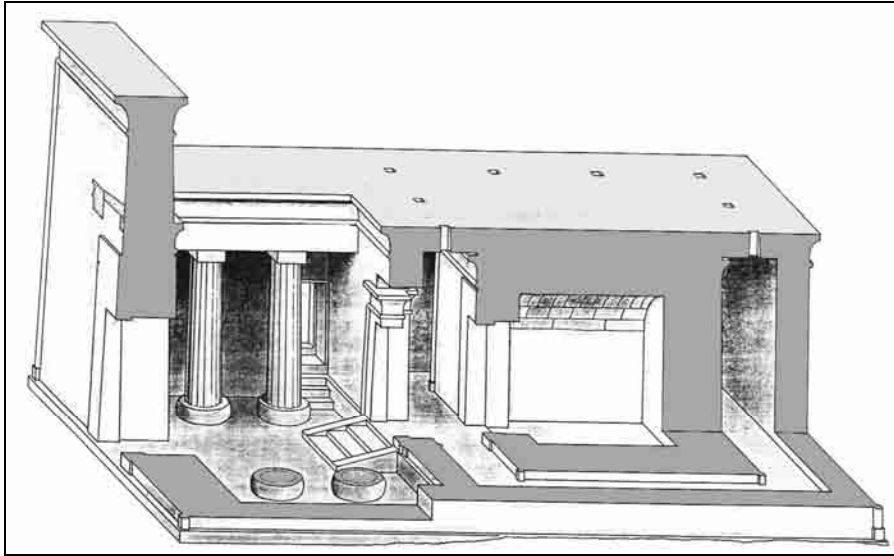


Fig. 2. la capilla funeraria de *Jmnw-jr-dj-sj* I (adaptado de U. Hölscher, *Post-Ramesside remarques*, en U. Hölscher, *The Excavation of Medinet Habu*, V (Chicago, 1954), pl. I).

Sin embargo, así como el monumento funerario de Amasis parece formar una unidad¹⁴, pues según lo que leemos en el Libro II fue construido por el propio Amasis y estaba algo más separado del templo que las tumbas de los otros reyes saítas, las tumbas de los primeros reyes saítas parecen haber sido dispuestas en otro monumento a modo de mausoleo. De este edificio no tenemos ninguna descripción pero podemos suponer que básicamente podría estar formado por los mismos elementos que la tumba de Amasis: una fachada a modo de pilono, un patio porticado y la *cella*. Dicho mausoleo probablemente habría sido construido por Psamético I, rey que gozó de un largo y fructífero reinado. Del mismo modo que en la capilla funeraria de *Šp-n-wpt* II en Medinet Habu, que con posterioridad a su muerte sufrió dos modificaciones para albergar los cuerpos de *Njt-jkrt mrjt-Mwt* V y *Mhjt-m-wsht*, es posible que la tumba de Psamético I fuese aprovechada y ampliada por sus sucesores Nekau II, Psamético II y Apries. Aunque el monumento funerario actuase en-

¹⁴ Amasis usurpó el poder de Apries y según Herodoto tuvo que entregar al depuesto rey al pueblo para que éstos tomaran venganza. No hay que descartar que uno de los motivos de la separación de la tumba de Amasis de la del resto de reyes de la dinastía se deba precisamente a este hecho. En cuanto a los hechos que llevaron a Amasis al poder, véase A. Leahy, «The Earliest Dated Monument of Amasis», *JEA* 74 (1988), 183-199.

tonces a modo de mausoleo familiar, como en el caso de las divinas adoratrices, cada monarca tendría su propia *cella* con su estatua, para poder oficiar el culto funerario. Bajo cada *cella*, cámaras sepulcrales individuales acogerían la momia de los difuntos monarcas. En estas condiciones, las capillas funerarias de las divinas adoratrices de Amón, algunas de ellas conservadas en muy buen estado, pueden convertirse en un reflejo de la estructura del edificio funerario de Amasis en Sais.

Tanto las tumbas reales de Tanis como las de Sais comparten la característica de estar incluidas dentro del *temenos* del templo de la principal divinidad de la ciudad y, por tanto, en un espacio sagrado. Pero, además, es muy probable que compartan en cuanto a su construcción un modelo similar de superestructura. Sabemos que la tumba de Neferites I en Mendes, de la dinastía XXIX, estaba en el recinto del templo local y aunque de ella no queda mucho todo parece indicar que sería de un tipo similar a lo que esperamos en Tanis y Sais, es decir, una superestructura que incluiría una capilla de culto funerario y una subestructura en la que se albergaría el sarcófago del rey difunto. Por ello, parece claro que desde comienzos del Tercer Período Intermedio las tumbas reales adoptan un nuevo modelo que va a tener continuidad (con la excepción de la dinastía nubia) durante la dinastía XXVI y muy posiblemente durante las dinastías XXVIII-XXX.

Diversos documentos¹⁵ nos informan de la existencia de sacerdotes dedicados al culto funerario de los faraones saítas. Interesante es el culto establecido a Nekau I¹⁶ según se deduce de una estatua naófora conservada en Nápoles, en donde el nombre de Nekau I aparece dentro de cartuchos reales y es designado como *nfr ntr (Mn-hpr-R^cw) s3 R^cw (Nk3w)*. Dicho culto debió desarrollarse durante el largo reinado de su hijo Psamético I, fundador de la dinastía XXVI. Si suponemos que a Psamético I se debe el monumento funerario que posteriormente sirvió de mausoleo para los siguientes tres reyes saítas, cabe preguntarse si Psamético I no habría comenzado esta tradición haciendo enterrar a su propio padre en él. Igualmente, también está documentado el culto funerario a Psamético I¹⁷, Psamético II¹⁸ y a Amasis¹⁹.

Entre los escasos restos recuperados en los sondeos que realizó Daressy en Sais hay que destacar el hallazgo de una estatuilla funeraria del rey Apries con la inscripción de parte del capítulo VI del *Libro de los Muertos*²⁰. Una pequeña pista que, al tiempo que evidencia el saqueo al que fue sometida la tumba de este faraón y, previsiblemente, del resto de la dinastía, parece reconocer, asimismo, que la tumba de este rey debió situarse, como señalase Herodoto, en el recinto religioso de Sais. Es evidente que las tumbas reales de Sais se vieron sometidas a un profundo saqueo, previsiblemente durante la dinastía XXVII. Es por ello que los escasos restos pertenecientes a

¹⁵ R. EL-SAYED, *Documents relatifs à Saïs et ses divinités*, BdÉ 69 (El Cairo, 1975), 135.

¹⁶ H. DE MEULENAERE, «Une statuette égyptienne a Naples», *BIFAO* 60 (1960), 126.

¹⁷ E. OTTO, «Zwei Bemerkungen zum Königs-kult der Spätzeit», *MDAIK* 15 (1957), 197 y 206-207.

¹⁸ E. JELÍNKOVA, «Un titre saïte emprunté à l'Ancien Empire», *ASAE* 55 (1958), 125 n° 101.

¹⁹ R. ANTHES, «Das Berliner Henat-Relief», *ZÄS* 75 (1939), 27. Así, por ejemplo, una estatua conservada en Florencia habla de un *hm ntr (hnm-jb-R^cw)m3^c hrw*, es decir, de un sacerdote del difunto Amasis.

²⁰ G. DARESSY, «Rapport sur des fouilles à Sa el-Hagar», *ASAE* 2 (1901), 237.

los ajuares funerarios de los reyes de la dinastía XXVI hayan aparecido en lugares muy diversos, incluso en Tarquinia (Italia). Ushebtis²¹, canopos²², escarabeos de corazón²³ e incluso sarcófagos²⁴ de algunos de los reyes de la dinastía es todo lo que queda de lo que en otro tiempo fue depositado en sus tumbas. Psamético III empezó su reinado coincidiendo con la invasión persa de Cambises, así que es posible que no hubiera comenzado a preparar su tumba y ajuar. El último de los monarcas de la dinastía XXVI fue encadenado y deportado a Susa, la capital persa²⁵.

Curiosamente, la tumba de la gran esposa real de Psamético II (y madre de Apries) fue hallada en 1950 no en Sais sino en Athribis. Esta tumba está compuesta por una cámara construida en ladrillo²⁶. En la parte superior de la tapa del sarcófago monolítico de la reina había una inscripción referida a la esposa del rey, *T3-ḥwtj*. Un escarabeo del corazón, hallado en el interior del sarcófago, se refiere a ella como esposa y madre del rey. Entre otros materiales hallados en dicha tumba cabe mencionar un escarabeo de Psamético I y otro de la divina adoratriz *Šp-n-wpt*²⁷. Sabemos que Athribis fue durante un tiempo gobernada por príncipes, si bien a partir de Psamético I éstos serían sustituidos por gobernadores con el título de *ḥm ntr Hr ḥntj ḥtj nb Km-wr*²⁸. Es posible, pues, que la reina *T3-ḥwtj* fuera oriunda de Athribis y que por esa razón fuera enterrada allí y no en Sais. Asimismo, en la tumba n° 83 de Giza se hallaron en 1852 los sarcófagos de la Gran esposa real de Amasis y su hijo²⁹.

Con la dinastía XXVI finaliza en 525 a.C. un período muy concreto de la historia de Egipto. Sin embargo, y a pesar de la escasa información que tenemos para las

²¹ J.-F. AUBERT y L. AUBERT, *Statuettes égyptiennes. Chaouabtis, ouchebtis* (París, 1974), 210-215; como ejemplo de Psamético I sirva, H.R. HALL, «Three Royal Shabtis in the British Museum», *JEA* 17 (1931), 11-12 y pl. III, 2-3; de Nekau II y de Psamético II no se conocen ushebtis, al menos identificados con seguridad; de Amasis se conocen 4 ushebtis. Véase, por ejemplo, W.M.F. Petrie, *Shabtis* (Londres, 1935), pl. XLIII n° 562, conservado en el University College de Londres; A. Wiedemann, «Varia», *Rec. Trav.* 17 (1895), 14. Aquí se hacen mención de los ushebtis del Kestner Museum V.C. 25 y Berlín 7483; de Psamético III no se conoce ninguna pieza de su ajuar funerario.

²² Se conoce un canopo de Apries, hallado en Sakkara. Ver, W.B. Emery, «Preliminary Report on the Excavations at North Saqqâra, 1969-70», *JEA* 57 (1971), 5 y pl. 6 n° 2. (este autor lo identificó como perteneciente a Psamético I); A. Leahy, «Saite Royal Sculpture: A Review», *GM* 80 (1984), 69-70; otro canopo de Apries fue hallado en Tarquinia. Ver, G. Hölbl, *Beziehungen der ägyptische Kultur zu Altitalien I y II* (Leiden, 1979), 278-279 (I), 41 y pl. 151 (II); éstos son los últimos canopos reales conocidos en Egipto.

²³ Tal es el caso del escarabeo de Nekau II. Ver, M. Dewachter, «Le scarabée funéraire de Nécho II et deux amulettes inédites du musée Jacquemart-André», *RdÉ* 37 (1986), 53-62 y pl. 13.

²⁴ El sarcófago de Psamético II fue puesto en conocimiento en 1883, tras ser localizado en las cercanías de la población de Damanhur. Ver, G. Maspero, «Notes sur quelques points de Grammaire et d'Historie», *ZÁS* 22 (1884), 79.

²⁵ M. GUENTCH-OGLOUEFF, «Noms propres imprécatatoires», *BIFAO* 40 (1941), 130 n. 2, en referencia a la versión de Ctésias.

²⁶ S. ADAM, «Recent Discoveries in the Eastern Delta», *ASAE* 55 (1958), 302-304 y pl. VI.

²⁷ H. WILD, «Tell Athribis», *MDAIK* 16 (1958), 413; así mismo, P. Vernus, *Athribis. Textes et documents relatifs à la géographie, aux cultes, et à l'histoire d'une ville du delta égyptien à l'époque pharaonique* BdÉ 74 (El Cairo, 1978).

²⁸ F. GOMAA, *Die libyschen Fürstentümer des Deltas. Vom Tod Osorkons II. bis zur Wiedervereinigung Ägyptens durch Psametik I.* (Wiesbaden, 1974), 160.

²⁹ AUBERT y AUBERT (París, 1974), 214.

tumbas reales de las últimas dinastías indígenas egipcias, mi opinión es que el modelo de tumba descrito por Herodoto en Sais no sólo ha de retrotraerse a las tumbas reales tanitas sino que también va a conservarse hasta la dinastía XXX, de tal modo que desde la dinastía XXI en Tanis hasta la última dinastía local, la XXX en Sebenytos, vamos a encontrar un tipo de tumba real completamente nueva que se convertirá en la tradicional durante cerca de siete siglos.

Los precedentes inmediatos de las tumbas saítas de la dinastía XXVI podrían haberse dado, en la propia Sais, durante la dinastía XXIV. Manetón nos sitúa como reyes de la dinastía XXIV, saíta, a Tefnakht y Bakenrenef. Tras Tefnakht, que como rey pudo gobernar como máximo entre 727-717 a.C., siguió en el trono de Sais Bakenrenef (*W3h-k3-Rꜥw B3k-n-rn.f*), de 717 a 712 a.C.³⁰, del que desconocemos si era o no su hijo³¹. En el 712 a.C. la invasión de Shabaka sentenció el futuro de Bakenrenef, pero no así el del reino de Sais. Las versiones manetonianas de Africano y Eusebio para la dinastía XXVI o el *Libro de Sothis* transmitido por Syncellus, nos informan de una serie de nombres anteriores al de Psammetichos (Psamético I, el «fundador» de la dinastía). Éstos son: Ammeris³² (sólo Eusebio), Stephinatês³³, Nechepsos³⁴ y Nechao. Nechao es el padre de Psamético I, Nekau I (*Mn-hpr-Rꜥw Nk3w*). De los otros no sabemos prácticamente nada, si bien hay diversas teorías respecto a su identificación. Redford³⁵ opina que Stephinatês y Nechepsos son en realidad Tefnakht I y Bakenrenef, si bien Kitchen³⁶, siguiendo a la mayoría de los autores, los considera gobernadores locales de Sais durante la ocupación kushita y asiria.

Si en cierto modo podemos apreciar una continuidad de la política llevada a cabo por los dos reyes de la primera dinastía saíta, la XXIV, y Nekau I y su hijo Psamético I, fundador de la segunda dinastía de Saís, la factible relación familiar³⁷ entre estos personajes y sus dinastías podría extenderse, asimismo, al propio modo de en-

³⁰ Si aceptamos los 6 años que le otorga Africano, la fecha del 712 a.C. como momento de la invasión de Shabaka parece estar bien definida. Tanto el enterramiento de un buey Apis en el Serapeum de Sakkara como la referencia de Manetón de que Shabaka quemó vivo al rey Bakenrenef (según se lee en el *Libro de Sothis*, transmitido por Syncellus), parecen indicar con seguridad que hacia el 712 a.C. Bakenrenef fue eliminado por el invasor nubio.

³¹ TIP, 376 § 337.

³² Según Rowton éste podría ser el nombre del propio Tanutamón, algo que no podemos compartir. Ver, M.B. ROWTON, «Manetho's Date for Ramesses II», *JEA* 34 (1948), 60.

³³ Según Helck Stephinatês debe corresponder al antecesor de Bakenrenef, TEFNAKHT I. Ver, W. HELCK, *Untersuchungen zu Manetho und den ägyptischen Königslisten* (Berlín, 1956), 48; sin embargo, es más común entre los investigadores el ver a Stephinatês como un segundo Tefnakht (II) que habría sido gobernante en Sais. Esta idea fue sugerida primeramente por Petrie. Ver, W.M.F. Petrie, *A History of Egypt, III. From the XIXth to the XXXth Dynasties* (Londres, 1905), 317-318; autores como Beckerath, *Chronologie des pharaonischen Ägypten* (Magoncia, 1997), 93, creen que la estela de Tefnakht Shepsesra conservada en el Museo Nacional de Atenas bien podría corresponder con este Tefnakht II y no con el más conocido, Tefnakht I de Sais.

³⁴ A éste se le suele identificar con *Nk3wb3 jr-jb-Rꜥw*, rey conocido principalmente por inscripciones en algunos pequeños escarabeos. Ver, H. GAUTHIER, *Le livre des rois d'Égypte, III* (El Cairo, 1914), 415-416.

³⁵ D.B. REDFORD, *Pharaonic King-Lists, Annals and Day-Books. A contribution to the Study of the Egyptian Sense of History* (Mississauga, 1986), 326-327.

³⁶ TIP, 145-147 § 116.

³⁷ K.H. PRIESE, «Der Beginn der kuschitischen Herrschaft in Ägypten», *ZÄS* 98 (1972), 19.

terramiento, por lo que creo que la posibilidad de que tanto Tefnakht como Bakenrenef pudieran haber preparado sus tumbas en el *temenos* del templo de Neith, del mismo modo que harían posteriormente los reyes de la dinastía XXVI, no debe ser descartada.

Desgraciadamente, al contrario que con algunos de los reyes de la dinastía XXVI, Herodoto u otros autores clásicos no nos aportan ninguna información que nos ayude a confirmar la existencia de las tumbas reales de la XXIV dinastía en Sais. Igualmente, no han llegado hasta nosotros elementos del ajuar funerario pertenecientes a Tefnakht o Bakenrenef.

LA DINASTÍA XXVIII DE SAIS

En el 486 a.C., último año de reinado de Darío I, estallaron las primeras revueltas en Egipto³⁸. Durante el reinado de Artajerjes I (465-424 a.C.) se dieron los primeros intentos serios de independencia, llevados a cabo por Inaros³⁹, el cual llegó a proclamarse faraón y controlar el Delta, y Amyrteos de Sais, probablemente abuelo del fundador de la dinastía XXVIII. Una segunda fase de revueltas dará comienzo hacia 410 a.C., como evidencia la destrucción del templo hebreo de Elefantina⁴⁰. Tras estas luchas Egipto alcanzará la independencia a finales del siglo V a.C., independencia que se prolongará por espacio de 62 años hasta la segunda invasión persa del año 342 a.C., dirigida por el rey Artajerjes III. Las últimas dinastías locales serán todas ellas de origen libio y tendrán sus sedes en el delta, según Maneton en las ciudades de Sais, Mendes y Sebennytos.

Las revueltas que comenzaron en el año 410 a.C. se vieron favorecidas posteriormente por la muerte del monarca persa Darío II en 404 a.C. En 405 a.C. el dinasta libio llamado Amyrteos II había irrumpido⁴¹ en el Delta occidental, iniciando un lento proceso de conquista que acabó con más de un siglo de dominio persa sobre Egipto. Hasta el 400 a.C. el monarca saíta no se hizo con el control del Alto Egipto. Amyrteos II⁴² (404-399 a.C.) es el único soberano de la dinastía XXVIII e hizo de Sais su capital. No obstante, desconocemos si existe una relación directa con los últimos monarcas de la dinastía XXVI, aunque sería posible. Según las versiones manetonianas transmitidas por Africano y Eusebio, Amyrteos II reinó durante seis años.

³⁸ M.A. DANDAMAEV, *A Political History of the Achaemenid Empire* (Leiden, 1989), 178.

³⁹ Según Herodoto (VII: 7) este personaje era hijo de Psamético; Inaros finalmente cayó prisionero y fue llevado a Persia donde fue crucificado en el año 454 a.C.; el nombre de Inaros parece corresponder al nombre egipcio *Jr[t]-Hrw-r.w*, no documentado en ningún texto egipcio jeroglífico. Ver, J. von Beckerath, *Handbuch der ägyptischen Königsnamen* (Maguncia, 1999), 223.

⁴⁰ Varios papiros escritos en arameo proporcionan valiosa información sobre estos acontecimientos. Ver, E. Sachau, *Drei Aramäische Papyrusurkunden aus Elephantine* (Berlín, 1908).

⁴¹ DANDAMAEV (Leiden, 1989), 270-273.

⁴² KIENITZ (Berlín, 1953), 76-79; H. de Meulenaere, «Amyrteos», en *Lexikon der Ägyptologie* I (Wiesbaden, 1975), cols. 252-253.

De Amyrteos II⁴³ no se posee ningún documento contemporáneo. Ni siquiera se ha conservado un cartucho real con su nombre, ni ninguna pieza de su supuesto ajuar funerario. En esas condiciones es muy poco lo que podemos decir sobre su tumba. Únicamente podemos suponer que ésta debió hallarse en Sais, la ciudad desde la que, según Manetón, gobernó el que sería único rey de esta dinastía.

El advenimiento de la dinastía XXIX se realizó muy posiblemente de manera violenta, por lo que aunque Amyrteos II fuese oriundo de Sais no podemos si quiera saber si llegó a ser enterrado con los honores de su rango o si su vida acabó de manera violenta en un momento de luchas internas por el poder en Egipto. En el primer caso, lo más lógico es que el nuevo monarca saíta se hubiera hecho enterrar en el recinto del templo de Neith en Sais, como fue la tradición durante la dinastía XXVI y como seguramente pudo suceder también durante la dinastía XXIV. Si no se hizo construir una nueva tumba para él, pudo haber aprovechado la de los reyes de la dinastía XXVI (que por Herodoto debemos suponer que aún estaban bien conservadas en esa época) para encontrar un espacio donde ser inhumado. Sin embargo, de la interpretación de un papiro arameo se desprende que Amyrteo II fue capturado y llevado a Menfis por Neferites I, siendo allí ejecutado⁴⁴.

LAS TUMBAS REALES DE LA DINASTÍA XXIX

Dos documentos son los que nos informan principalmente sobre la composición de la dinastía XXIX, la *Crónica demótica* y las versiones de Manetón. Según la *Crónica*, a Neferites I le sucedió su hijo, rápidamente depuesto por su rival, Psamutis, que tras un corto reinado fue, a su vez, destronado por Hakoris. A éste le sucedió muy brevemente su hijo Neferites II, que fue igualmente destronado.

Las versiones manetonianas de Africano y Eusebio hablan de 4 y 5 reyes, respectivamente, en las que los tres primeros fueron Neferites, Hakoris y Psamutis, a los que siguieron Neferites II y Mutis (según Eusebio) o Mutis y Neferites II (según la versión armenia de Eusebio). Sin embargo, como observó Daressy, en la capilla de Psamutis (*P3-šrj-(n)-Mwt*, *Wsr-R^cw stp-n-Pth*) y Hakoris (*Hkr*, *hnm-m³t-R^cw stp-n-hnmw*) en Karnak⁴⁵, la evidencia arqueológica muestra que fue Hakoris quien sucedió a Psamutis y no al revés⁴⁶, si bien más recientemente Ray⁴⁷ ha propuesto que Psamutis pudo aparecer en escena entre los años 2 y 3 de reinado de Hakoris.

⁴³ El nombre helenizado de Amyrteos podría derivar de *Jmnw-jr-djs*, según se lee en la crónica demótica. Ver, W. SPIEGELBERG, *Die sogenannte Demotische Chronik des Pap. 215 der Bibliothèque Nationale zu Paris* (Leipzig, 1914), 93 n° 320.

⁴⁴ R.S. BIANCHI, «Nepherites I.», en *Lexikon der Ägyptologie* IV (Wiesbaden, 1982 b), cols. 454-456.

⁴⁵ Un completo estudio sobre este monumento puede consultarse en, C. Traunecker et alii, *La chapelle d'Achôris a Karnak II* (París, 1981).

⁴⁶ G. DARESSY, «La chapelle de Psimaut et Hakoris à Karnak», *ASAE* 18 (1919), 38.

⁴⁷ J.D. RAY, «Psammuthis and Hakoris», *JEA* 72 (1986), pp. 149-158.

El papiro n° 13 del Brooklyn⁴⁸, datado en octubre del año 399 a.C., hace referencia a la muerte de Amyrteo II y a la ascensión al trono de Egipto de Neferites I (*n3y.f-3w-rwd(w)*, *B3-n-R^cw mrj-ntrw*), con el que se inaugura la dinastía XXIX. Este personaje reinará hasta el año 393 a.C. Es posible que el hijo de Neferites I al que se refiere la *Crónica demótica* sea el Mutis de Manetón. Así, a Neferites I habría seguido Mutis (393 a.C.) durante muy corto espacio de tiempo. Psamutis (393-392 a.C.) y Hakoris (393-380 a.C.) parecen haber seguido la lucha por el poder de la que salió vencedor este último⁴⁹. Tras Hakoris, finalmente⁵⁰, hemos de situar un brevísimo reinado por parte de su hijo Neferites II (380 a.C.), el cual debió ser eliminado por el fundador de la XXX dinastía, Nectanebo I.

Aunque Manetón señala que esta dinastía es mendesiana, para Traunecker⁵¹ la residencia de gobierno debía seguir estando en Sais o en Menfis. En todo caso, las evidencias arqueológicas muestran que la ciudad de Mendes (*B3-nb-ddt*, Tell el-Ruba) debió ser realmente el lugar de origen de la dinastía, pues así lo verifica la presencia de la última tumba real conocida en el Egipto faraónico. A. Daninos, halló en 1869 un ushebtí⁵² perteneciente al rey Neferites I en el interior de un sarcófago de granito negro incluido en otro de arenisca, ambos carentes de inscripciones. Recientemente, Redford⁵³ ha estado excavando en esa zona y ha podido demostrar que el sarcófago perteneció realmente a Neferites I y que aún está *in situ* en medio de lo que en otro tiempo fue su cámara sepulcral (fig. 3). La cámara de la tumba de Neferites I está excavada sobre muros del Tercer Período Intermedio que, a su vez, sellan depósitos de contenedores cerámicos con pescados, relacionado con el culto de la diosa mendesiana Hat-mehyet. La expedición de Redford estuvo limpiando el lugar desde 1991 a 1993, consiguiendo recuperar partes de las paredes de la cámara sepulcral. Las paredes de arenisca fueron reducidas a fragmentos durante la antigüedad, de modo que únicamente el gran sarcófago (del mismo material) se libró de la rapiña de los buscadores de piedra. En las paredes queda confirmada la propiedad de la tumba, pues los textos funerarios están dedicados a Neferites I⁵⁴. Ello demuestra que, como señaló Manetón, la dinastía es oriunda de Mendes, capital del 16° nomo del Bajo Egipto.

⁴⁸ C. TRAUNECKER, «Essai sur l'histoire de la XXIX^e Dynastie», *BIFAO* 79 (1979), 398.

⁴⁹ Para Trauckener es posible que tanto Mutis como Hakoris tuvieran lazos familiares, si bien Hakoris tuvo que eliminar a Mutis. Asimismo, cree que Psamutis debió gobernar en realidad sobre el Alto y Medio Egipto hasta que Hakoris consiguió hacerse con el poder de todo el país. Ver, Trauckener (1979), 431.

⁵⁰ Hay que advertir no obstante la noticia del descubrimiento en Mendes del nombre de un rey de la dinastía XXIX desconocido hasta el momento. Ver, L. GIDDY, «Digging Diary 1993», *EA* 4 (1994), 12.

⁵¹ TRAUCKENER (1979), 420.

⁵² V. LORET, «Les statuettes funéraires du musée de Boulaq», *Rec. Trav.* 4 (1883), 110 n° 292; A. Mariette, «Fragments et documents relatifs aux fouilles de Sâ», *Rec. Trav.* 9 fasc. I-II (1887), 19; para ver la posición de estas tumbas respecto al gran recinto exterior del templo, ver D. P. Hansen y D. Stieglitz, «Mendes Today. Tell el Rub'a (North Kom)», en R. K. Holz *et alii* (eds.) *Mendes I*, ARCE, (El Cairo, 1980). Los sarcófagos están situados en la posición N 40 - E 60 del mapa de la pl. 18.

⁵³ L. GIDDY, «Digging Diary 1995», *EA* 8 (1996), 11.

⁵⁴ A. DODSON, «Towards a Minimum Chronology of the New Kingdom and Third Intermediate Period». *BES* 14 (Londres, 2000), 163.



Fig. 3. sarcófago de Neferites I en su tumba de Mendes, Tell el-Ruba (foto del autor).

El monumento funerario de Neferites I en Mendes ofrece interesantes similitudes con lo que observamos en Tanis y Sais (fig. 4). En primer lugar, cabe destacar su posición dentro de los muros del gran recinto del templo (cuyo lado este mide cerca de 470 m. de longitud), que deberían ser datados en la dinastía XXX⁵⁵. Tanto en Tanis como en Sais las tumbas reales se situaron en el *témenos* del templo de la principal divinidad de la ciudad, Amón y Neith, respectivamente. En Mendes (ciudad en la que se adoraba a la tríada formada por Banebdeh, Hatmehit y Harpocrates) volvemos a encontrar la misma situación. Igualmente, lo que se ha conservado de la tumba de Neferites I es únicamente su parte subterránea, con lo que como en Tanis durante las dinastías XXI y XXII, hemos perdido la posibilidad de observar su superestructura. La cámara sepulcral donde se encuentra el gran sarcófago debía situarse bajo un monumento a modo de capilla funeraria donde honrar el culto del difunto monarca. Una vez más, la descripción que Herodoto realiza de la tumba de Amasis, y las superestructuras de las divinas adoratrices de Amón en Medinet Habu, se convierten en el modelo a tener en cuenta si queremos ofrecer una reconstrucción hipotética de este monumento funerario.

De los demás reyes de la dinastía no se ha localizado ninguna tumba, si bien Kienitz⁵⁶, siguiendo a Gauthier⁵⁷, opinaba que la de Hakoris debía encontrarse en

⁵⁵ H. DE MEULENAERE, «Mendes», en *Lexikon der Ägyptologie* IV (Wiesbaden, 1982), esp. col. 45.

⁵⁶ KIENITZ (Berlín, 1953), 88.

⁵⁷ H. GAUTHIER (1922), 208. La hipótesis de Gauthier parece querer fundamentarse en los graffiti de Hakoris identificados en las canteras de Tura, lo cual hace suponer a dicho autor que ello debía relacionarse con la construcción de la tumba del rey en la necrópolis de Menfis.

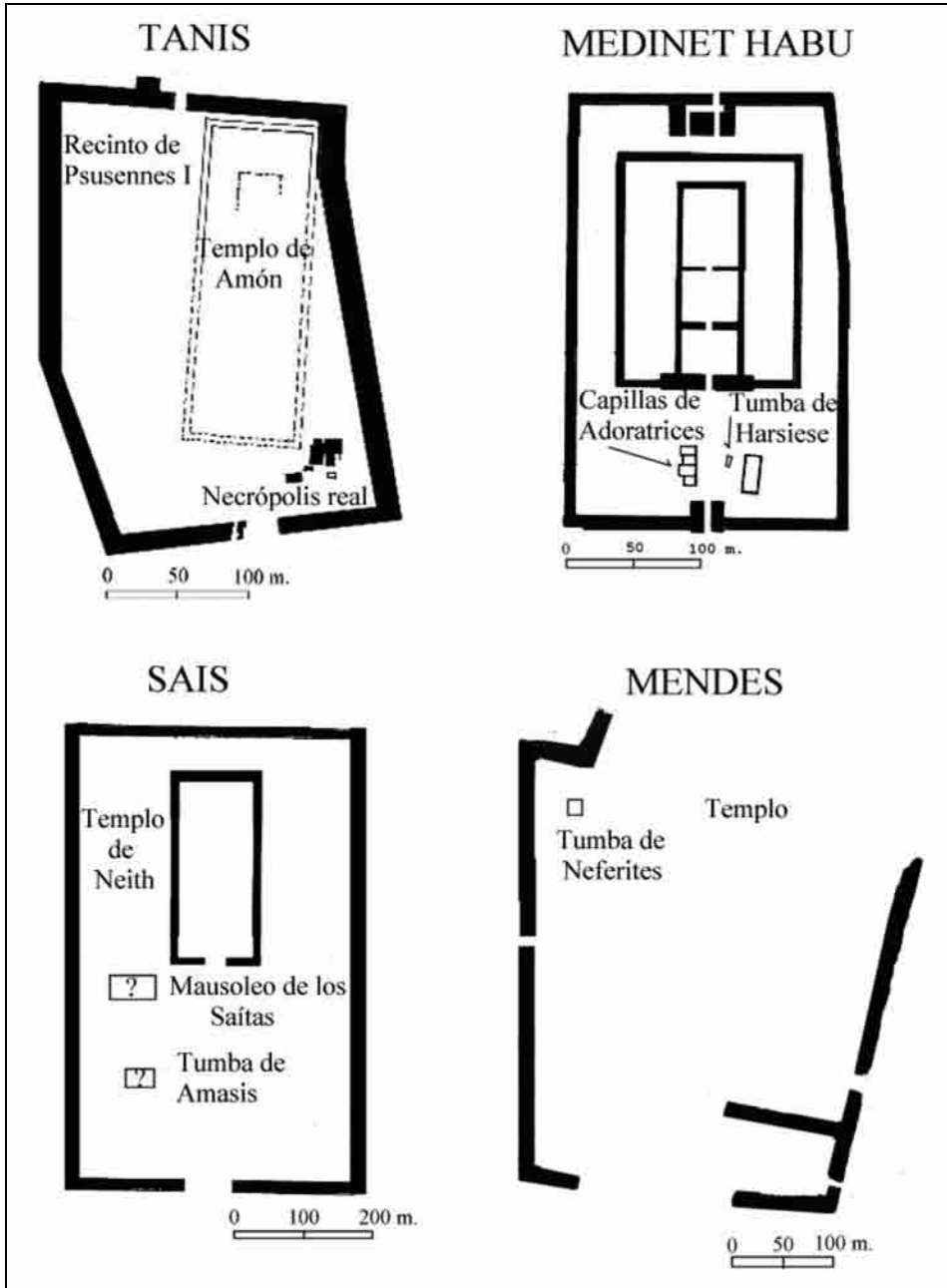


Fig. 4. tumbas reales del Tercer Período Intermedio, Época Saíta y Tardía en el temenos de los templos (tomado de J. Lull, *Las tumbas reales egipcias del Tercer Período Intermedio* (Oxford, 2002), 57 fig. 25).

Menfis. Posiblemente, la necrópolis real de la dinastía se situaba alrededor de la tumba de Neferites I. Neferites I, como fundador de la dinastía de Mendes, se enterró en dicha ciudad y lo mismo pudo suceder con su hijo Mutis, si bien su breve reinado y su dramático final podrían haberle privado de la construcción de una tumba propia. De los orígenes de Hakoris y de Psamutis sabemos muy poco. Si Hakoris estuvo de algún modo relacionado con la familia real de Mendes, una manera de reafirmar sus derechos dinásticos hubiera sido el escoger el *témenos* del gran templo de la ciudad para ser inhumado a su muerte. En ese caso, su hijo Neferites II hubiera seguido la misma pauta, si bien, como en el caso de Mutis, su reinado fue tan breve y acabó tan violentamente que no podemos saber la suerte que corrió dicho personaje. Otra cuestión distinta podría ser el caso del rey Psamutis, al que Trauckner⁵⁸ lo ve más relacionado con el Alto y el Medio Egipto que con el Delta. No obstante, la falta de información es lo que nos impide poder ofrecer un estudio más profundo de las tumbas reales de esta época.



Fig. 5. ushebtis de Neferites I y Hakoris (tomado de P. A. Clayton, *Chronicle of the Pharaohs. The Reign-by-Reign Record of the Rulers and Dynasties of Ancient Egypt*. (Londres, 1994), 202).

⁵⁸ TRAUCKENER (1979), 425.

La tumba de Neferites I es una excepción de gran valor pues no sólo es la única «conservada» de la dinastía XXIX sino también la única que ha llegado a nuestros días tras la dinastía XXV. Sin embargo, contamos con algunos elementos del ajuar de los reyes de la dinastía de Mendes (fig. 5). Además del ushebti de Neferites I conservado en el Museo de El Cairo (CG 48484) y hallado por Daninos en el propio sarcófago de dicho rey, existen otros dos en el Louvre⁵⁹ (E 5339 y E 17409). De los demás componentes de la dinastía sólo nos quedan otros dos ushebts pertenecientes a Hakoris, uno custodiado en el Museo de El Cairo⁶⁰, supuestamente procedente de Menfis, y otro conservado en el Louvre⁶¹ (E 17408).

LAS TUMBAS REALES DE LA DINASTÍA XXX

Los cuatro meses de reinado de Neferites II terminaron bruscamente a causa del triunfo de la lucha promovida por Nectanebo I (*Nḥt-nb.f*, *ḥpr-k3-Rꜥw*). Este último fue proclamado rey en 380 a.C. tras deponer al último faraón de la XXIX dinastía. Las versiones de Manetón nos indican que la sede de la última de las dinastías indígenas, la XXX, se encontraba en Sebennyptos⁶², capital del 12º nomo del Bajo Egipto.

De la genealogía de Nectanebo I (380-362 a.C.) no se tiene demasiada información⁶³, si bien se ha llegado a pensar que podría ser un descendiente del propio Neferites I de la dinastía XXIX⁶⁴. Sabemos que antes de ser rey ostentó el título de *jmj-r3 mšꜥ*, según aparece mencionado en una estela hallada en Hermópolis Magna y fechada en el año 8 de su reinado⁶⁵. El hijo de Nectanebo I, Teos⁶⁶ (*dd-ḥr stp-n-*

⁵⁹ AUBERT y AUBERT (París, 1974), 244; V. Loret «Les statuettes funéraires du musée de Boulaq», *Rec. Trav.* 4 (1883), 110.

⁶⁰ H. GAUTHIER, «A travers la Basse-Égypte», *ASAE* 22 (1922), 208.

⁶¹ P.A. CLAYTON, *Chronicle of the Pharaohs. The Reign-by-Reign Record of the Rulers and Dynasties of Ancient Egypt* (Londres, 1994), 202, donde aparece reproducida una fotografía del ushebti de Hakoris E 17408, además de otro perteneciente a Neferites I, así mismo del Louvre.

⁶² R.S. BIANCHI, «Sebennyptos», en *Lexikon der Ägyptologie* V (Wiesbaden, 1984), cols. 766-768. El nombre de Sebennyptos proviene del egipcio *ḥb ntrt*. En las cercanías de Sebennyptos se encontraba la ciudad de Behbeit el-Hagar, que fue creciendo en importancia de tal modo que durante la época ptolemaica se hizo capital de un nomo independiente.

⁶³ Por el texto de un sarcófago conservado en Berlín se cree que era hijo de un general llamado Teos y posiblemente también de la madre real [...]*mw* que aparece mencionada en un fragmento de granito negro publicado por Daressy en , G. Daressy, «Notes et remarques», *Rec. Trav.* 14 (1893), 185. Esta suposición es hecha por Meulenaere en, H. de Meulenaere, «La famille royale des Nectanébo», *ZÄS* 90 (1963), 90.

⁶⁴ H. DE MEULENAERE, «Nektanebos I.», en *Lexikon der Ägyptologie* IV (Wiesbaden, 1982), cols. 450-451.

⁶⁵ G. ROEDER, «Der Denkstein des Königs Nacht-Nebó», *ASAE* 52 (1954), 389, donde puede leerse la inscripción en la que Nectanebo I hace referencia al tiempo en el que él era general del ejército «en la época de infortunio del rey que le antecedió» (*m nšnj nty nsw wn ḥr ḥšt.f*).

⁶⁶ Según Kuhlmann, Nectanebo I pudo haber tomado como esposa a *Pdlmjjs* (Ptolemais), según deduce del estudio de una inscripción recuperada cerca de Akhmín. Ver, K.P. Kuhlmann, «Ptolemais - Queen of Nectanebo I. Notes on the Inscription of an Unknown Princess of the XXXth Dynasty», *MDAIK* 37 (1981), 267-279. Según este autor, *Pdlmjjs* sería hija del general ateniense Chabrias y probablemente la madre del propio Teos; para Meulenaere, sin embargo, la esposa de Nectanebo I y madre de Teos podría ser *Wd3-šw* (Meulenaere-

Jnhꜣr), reinó únicamente dos años, siendo derrocado por Nectanebo II (*Nḥt-Hrw-(n)-Ḥbyꜣ mrj-Jnhꜣr*, *snḏm-jb-Rꜣw stp-n-Jnhꜣr*), hijo de quien fuera regente de Egipto durante la campaña asiática de Teos. Nectanebo II parece que pudo ser hijo del general *Tꜣy-ḥꜣꜣꜣ-jmw*, el cual era hermano del depuesto rey Teos. Si esta genealogía es correcta, Nectanebo II (360-342 a.C.) aún teniendo relaciones familiares estrechas con Teos pertenecería a una línea familiar contrincante⁶⁷. Nectanebo II es el último faraón egipcio propiamente dicho y con él se cierra una época caracterizada por la intermitente presencia de soberanos extranjeros y la liberación por parte de los dinastas de los principales centros políticos del Delta⁶⁸.

De las tumbas de los tres reyes que forman la dinastía XXX no se ha localizado ningún resto y, una vez más, algunas piezas del ajuar funerario que debieron contener éstas es lo único que nos recuerda su existencia. Daressy⁶⁹ opinaba que Nectanebo I podría haber sido enterrado en Menfis, mientras que para Aubert⁷⁰, las tumbas reales de la dinastía debían situarse en el santuario de la diosa Isis en Behbeit el-Hagar, algo al norte de Sebennyts. Sin embargo, hay que recordar que no es sino hasta la época de los Ptolomeos cuando Behbeit comienza su desarrollo más notable, por lo que es en la propia Sebennyts donde se podrían haber preparado los monumentos funerarios de sus reyes.

De Nectanebo I el elemento principal de su ajuar son los restos de su sarcófago, que fueron reutilizados en época califal en El Cairo⁷¹. También se han conservado algunos ushebti. Uno de ellos (CG 48538) fue hallado en el templo de Ptah de Menfis⁷², otros dos en Italia (en Pompeya⁷³ y Alba fucens), y un cuarto de origen desconocido que se halla en Bruselas⁷⁴.

re (1963), 92), de la que Kuhlmann cree que en realidad podría ser esposa de *Tꜣy-ḥꜣꜣꜣ-jmw*. Ver, Kuhlmann (1981), 278.

⁶⁷ MEULENAERE (1963), 91.

⁶⁸ La invasión de Artajerjes III fue preparada a gran escala. Se cree que el monarca persa pudo dirigir un formidable ejército que podría haberse acercado a los 300.000 hombres de infantería y 30.000 caballeros, 300 barcos de guerra y 500 de transporte, lo cual no debió dar muchas esperanzas de supervivencia a un Nectanebo II que, con un ejército formado por 20.000 mercenarios griegos, 20.000 libios y 60.000 egipcios, presentaba una fuerza muy inferior en número. (ver, D. Mallet, *Relations of the Ancient Greeks with Late Pharaonic and Persian Egypt. From the Conquest by Cambyses to Alexander the Great 525-331 a.C.* (Chicago, 1979), 157-158). Esta segunda ocupación persa será recordada como una época de horror y violencia (H. de Meulenaere, «Artaxerxes III», en *Lexikon der Ägyptologie* I (Wiesbaden, 1975), col. 454), por lo que la aparición en escena de Alejandro III de Macedonia será observada con optimismo en pos de la liberación del yugo persa.

⁶⁹ G. DARESSY, «Remarques et notes», *Rec. Trav.* 10 (1888), 142-143.

⁷⁰ Aubert y Aubert (París, 1974), 245.

⁷¹ G. DARESSY, «Inscriptions hiéroglyphiques trouvées dans Le Caire», *ASAE* 4 (1903), 105-109. Aquí aparece identificado como de Nectanebo II, pero el prenomen *ḥꜣꜣꜣ-Rꜣw* deja claro que se trata de Nectanebo I; A.B. KAMAL, «Note sur un fragment de Naos», *ASAE* 2 (1901), 129-130, donde el autor cree que se trata de un naos de Nectanebo II, aunque como en el caso anterior sabemos que se trata de Nectanebo I; finalmente, Daressy (1888), 142-143.

⁷² LORET (1904), 110 n° 291.

⁷³ CHAMPOLLION-FIGEAC, *Égypte ancienne* (París, 1839), 385.

⁷⁴ AUBERT y AUBERT (París, 1974), 245.

Del rey Teos, cuyo reinado apenas alcanzó los dos años, no se conoce ninguna pieza del ajuar. Nectanebo II, en cambio, cuenta con algunas piezas de interés, principalmente el famoso sarcófago de breccia verde (fig. 6) que se hallaba en el patio de la mezquita de Attarín en Alejandría⁷⁵ (actualmente en Londres, BM inv. EA 10). Según una tradición árabe transmitida en el siglo XVI por León el Africano, la tumba de Alejandro Magno estaba en una capilla del patio de esta misma mezquita⁷⁶, capilla en la que se encontraba el sarcófago. Puesto que Nectanebo II huyó hacia el sur (según la tradición transmitida por Diodoro), es evidente que nunca llegó a ser enterrado en la tumba que para él se había preparado, tumba en la que debía haberse dispuesto el enorme sarcófago de 3.14 m de longitud que acabo de mencionar. Así, éste quedó vacío y es de suponer que durante la época ptolemaica, de igual modo que tantos otros monumentos, hubiera sido cogido de su emplazamiento original y transportado a Alejandría, donde muy posteriormente acabaría sus días a modo de bañera en la mezquita de Attarín. Ante el total desconocimiento que tenemos sobre qué tipo de iconografía y textos religiosos pudieron haber decorado las paredes de la tumba de este rey, el sarcófago, con escenas del *Libro del Imiduat*⁷⁷ (tan importante en las tumbas reales de gran parte del Imperio Nuevo) ofrece un gran interés.

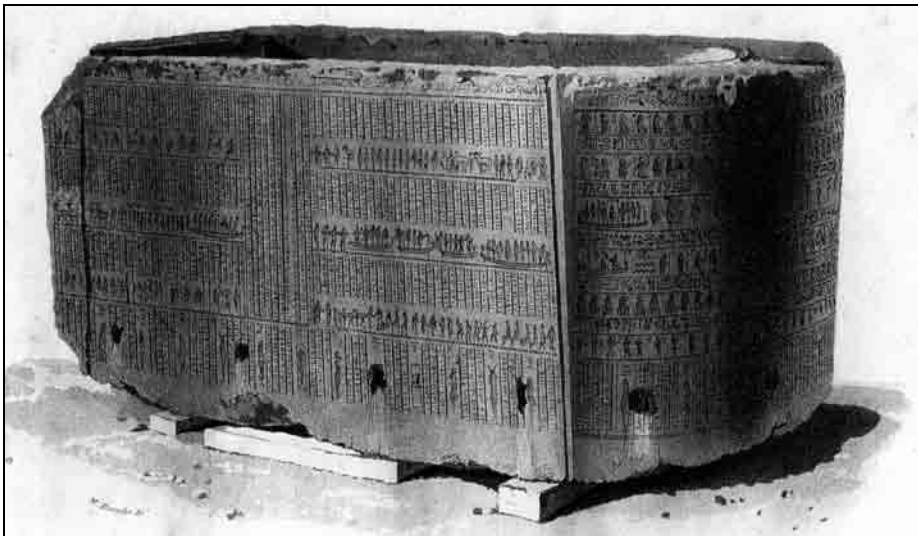


Fig. 6. sarcófago de Nectanebo I (tomado de G. Grimm, *Alexandria. Die erste Königsstadt der Hellenistischen Welt* (Maguncia, 1998), 11 fig. 4c).

⁷⁵ G. GRIMM, «*Alexandria. Die erste Königsstadt der hellenistischen Welt*» (Maguncia, 1998), 10 y Abb. 4c. Dicho sarcófago se encuentra hoy en día en el Museo Británico.

⁷⁶ GRIMM (Maguncia, 1998), 69; esta idea fue admitida durante algunos años. Ver, p.e., G. Trevor, *Egypt: from the Conquest of Alexander the Great to Napoleon Bonaparte* (Londres, 1866), 15.

⁷⁷ Todas las caras del sarcófago fueron copiadas durante la expedición de Napoleón a Egipto. Ver, *Description de l'Égypte*, vol. V (París, 1822) pls. 40-41.

Ushebtis de Nectanebo II se conocen en cierto número, si bien únicamente el ejemplar hallado por Mariette en 1889 en Sakkara (CG 48539) tiene un origen espacial concreto. El resto de ushebtis, conservados en museos de Viena⁷⁸, Turín, Múnich, Londres (University College 575, 576 y 579) y El Cairo (CG 48540 y CG 48541), son todos de origen desconocido⁷⁹. De la reina *hdb-Njt-jrj-bnt*, que lleva los títulos de *hmt nsw* y *mwt nsw* se tiene un sarcófago⁸⁰ y otros objetos del ajuar funerario hallados en su tumba de Sakkara. Para Kienitz⁸¹ dicha reina debía ser esposa de Nectanebo II, aunque de ser así no quedaría claro porqué hizo uso del título *mwt nsw*, teniendo en cuenta que Nectanebo II fue el último rey.

Nectanebo II, tras la invasión persa de Artajerjes III tuvo que huir hacia el Sur, desapareciendo definitivamente de la historia. Sin embargo, diversas leyendas⁸² de gran difusión surgieron en épocas algo posteriores en un intento de enlazar el que fuera último faraón egipcio, destronado por los persas, con el liberador macedonio Alejandro III, haciendo de este último un hijo de Nectanebo II y Olympias (esposa de Filipo II). Con Nectanebo II se termina un período de la historia de Egipto, pues con él desaparece el último faraón indígena⁸³.

⁷⁸ P. DANINOS, *Collection d'antiquités égyptiennes de Tigrane Pacha d'Abro* (París, 1911), pl. XXXIX n° 120.

⁷⁹ AUBERT y AUBERT (París, 1974), p. 246.

⁸⁰ E. VON BERGMANN, «Inchriftliche Denkmäler der Sammlung ägyptischer Altertümer des österreichischen Kaiserhauses», *Rec. Trav.* 12 (1892), 23.

⁸¹ KIENITZ (Berlín, 1953), 223.

⁸² P.G. ELGOOD, *Later Dynasties of Egypt* (Oxford, 1951), 136; O. Weinreich, *Der Trug des Nektanebos* (Leipzig/Berlín, 1911), 1-17; sobre el sentido de estas leyendas véase también, W. Huss, *Der makedonische König und die ägyptischen Priester* (Stuttgart, 1994), 129-137.

⁸³ No obstante, durante la segunda ocupación persa un personaje conocido con el nombre de Habebsha (*hbbš / h³-b³-š³*) se proclamó rey por un corto espacio de tiempo, posiblemente entre 343 y 337 a.C. Ver, A. SPALINGER, «The Reign of King Chabbash: An Interpretation», *ZÄS* 105 (1978), 142-154.

LAS RELACIONES ENTRE EGIPTO Y PALESTINA MERIDIONAL A FINALES DEL IV MILENIO Y COMIENZOS DEL III. LA BUSQUEDA DE UN MODELO

ANTONIO PÉREZ LARGACHA

Universidad de Castilla La-Mancha, Ciudad Real

SUMMARY:

Summary: Traditionally, Palestine has been considered a peripheric region of Egypt and Mesopotamia. In the present paper, the relationships between Palestine and Egypt at the end of the 4th millennium are analysed from a different optic. Thus, Egyptian influence in Palestine has to be re-evaluated in order to explain the historic process in which interacted both regions.

1. INTRODUCCIÓN

El proceso histórico, y sus causas, que culminó con la aparición de un Estado unificado en Egipto a finales del IV milenio a. C., ha sido objeto de profundas revisiones en los últimos años. La reexcavación, todavía en curso, de yacimientos como Abidos o Hierakómpolis, junto al conocimiento de otros como Minshat Abu Omar, Tell Ibrahim Awad, Buto, Tell el-Ginn o Tell el-Farkha, todos ellos en el Bajo Egipto, está permitiendo adquirir una visión global de este período histórico, anteriormente reconstruido a partir de la información y de los objetos que eran conocidos por las excavaciones que se realizaron a finales del siglo XIX y comienzos del XX en yacimientos, principalmente, del Alto Egipto, no debiendo tampoco olvidar que la mayoría de la información procede del ámbito funerario, con las limitaciones que ello implica (Wengrow 2007). Una nueva evidencia arqueológica que está permitiendo el poder proceder a reinterpretar el significado de muchas de las escenas que decoran los objetos protodinásticos que, como la Paleta de Narmer, se habían utili-